

Capítulo II.- Orígenes y evolución de la Globalización contemporánea: *contexto económico, político, social y tecnológico hasta la caída del régimen soviético*

Introducción

Entender el súbito auge y la consecuente popularidad, tanto en círculos oficiales y de poder (medios de comunicación, gobiernos, figuras políticas e instituciones internacionales) como entre individuos y organizaciones con posiciones críticas, de la noción de que estamos inmersos en un proceso de “globalización” desde la década de los noventa requiere, primero, repasar la evolución histórica (económica y política) reciente que dio lugar al nacimiento del concepto, hasta el momento en que se empezó a hablar propiamente de la “globalización”.

La idea de que el mundo se encuentra sumergido en este proceso mundial, cuya influencia abarca todos los ámbitos del desarrollo de las naciones, sobre todo en lo que concierne a la elaboración de políticas públicas enfocadas al desarrollo económico (*economic policies*), constituirá el punto de atención de la primera parte de esta investigación.

Después se analizará el resurgimiento, primero en ámbitos académicos y después en la política, de la ideología neoliberal de desarrollo sustentada en las leyes del mercado, a raíz de las crisis económicas mundiales de la década de los setenta, que resultaron en lo que se conoce como la revolución Neoconservadora en los años ochenta. Este movimiento cobró fuerza con la llegada al poder de Ronald Reagan en los Estados Unidos, Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Helmut Kohl en Alemania Occidental, quienes concretaron en los hechos el proyecto neoliberal.

A continuación se verá la forma en que estas políticas neoliberales quedaron institucionalizadas a nivel internacional mediante el llamado “Consenso de

Washington”, base para imponer el proyecto neoliberal en los distintos países del tercer mundo, en ese momento altamente endeudados.

Por último se abordará la caída del régimen socialista y el consecuente ascenso del capitalismo a escala mundial, como única opción aparentemente posible de desarrollo de todos los países del orbe.

En suma, el objetivo de este primer apartado consiste en señalar el contexto histórico en el momento en que se empezó a manejar la idea de haber entrado en una nueva fase de globalización de las relaciones económicas mundiales, o lo que se ha dado por llamar “globalización económica contemporánea”.

II.1.- La Carta de Naciones Unidas y la creación de un nuevo *Orden Mundial* basado en la fe en el progreso humano

El término *globalización*, de origen relativamente reciente, ha sido utilizado de manera general para describir el proceso que inicia con el surgimiento en 1944 de la *Carta de las Naciones Unidas*, que puso en marcha el llamado “Orden Mundial de la posguerra”.

Era el año 1945 y la Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin. En menos de cincuenta años el mundo, si es que se puede considerar a quince países como “el mundo”, había sido testigo de los dos conflictos más mortíferos y devastadores de la historia moderna a escala mundial. Los “aliados”, triunfadores del conflicto con Estados Unidos a la cabeza, se reunieron en el hotel *Fairmont* de la ciudad de San Francisco, en los propios Estados Unidos, para dar forma al nuevo “Orden Mundial” de la posguerra, cuyos acuerdos quedaron plasmados en la “Carta de Naciones Unidas”, resultado del espíritu pacifista de la época, que en lo esencial promulgaba “una nueva era de paz y el fin de las guerras producto de egoísmos nacionales”.¹

¹ Wolfgang Sachs(1996), p.379

Dicho pliego, basado en el entendimiento internacional y la paz humana, concebía la paz, al decir de Wolfgang Sachs, no solamente como la ausencia de violencia, sino como “un nuevo salto global, vinculando el proyecto de eliminar la violencia con una visión de la humanidad que marchaba hacia adelante y hacia arriba siguiendo la ruta del progreso”.² Para este autor, “humanidad, progreso y paz han sido las piedras angulares conceptuales para levantar el extenso edificio de las organizaciones de las Naciones Unidas”.³ Lo interesante sin embargo, es entender a qué se refirieron los signatarios de la Carta, los padres fundadores de las Naciones Unidas, cuando hablaron de “progreso”. Veamos.

Sachs afirma que tanto los padres fundadores de las Naciones Unidas como los constructores de la nueva política internacional para el desarrollo, fueron inspirados por la visión de que la globalización de las relaciones de mercado serían la garantía de la paz en el mundo, cuya prosperidad derivaría del intercambio, ya que éste “crea intereses mutuos y los intereses mutuos inhiben la agresión”.⁴

En ese sentido, Sachs señala que los padres fundadores pretendían que en este nuevo orden, el lugar de la violencia fuera ocupado por el espíritu del comercio, el cual habría de reinar en todas partes. Es decir, que en contraste con la potencia bélica, sería la potencia productiva la decisiva en la competencia internacional, mediante una red unificada mundial de relaciones económicas. Bajo la creencia de que “donde las mercancías estuvieran circulando, las armas serían silenciadas”.⁵

En síntesis, lo que este autor afirma es que “el orden global de la posguerra fue concebido en términos de un mercado mundial unificado”.⁶ Ideal que José Luis Orozco identifica como ‘globalismo’ o “dogma liberal económico”, que se sustenta en

² Wolfgang Sachs, Op.cit. p.378

³ *Ibid.*, p. 379

⁴ *Ibid.*, p. 381

⁵ *Ibidem*

⁶ *Ibid.*, p.382

la noción de que el comercio y las comunicaciones “pueden poner fin a la hostilidad y la guerra”.⁷ Es en esta época que Estados Unidos empezó a fraguar el proyecto de “unificación” del mundo, tanto en lo económico como en lo político, de forma que beneficiara a sus propios intereses.

Dentro de esta misma línea de pensamiento, Gérald Berthoud, en su texto *el Mercado*, recuerda que en esa misma época se logró entre los líderes políticos y económicos de los países desarrollados y los que estaban “en desarrollo” o en “vías de desarrollo”⁸, un relativo consenso en torno a la idea de que el bienestar económico debía de ser considerado un fin en sí mismo para toda la humanidad”.⁹ Es decir, se empezó a ver al bienestar material ya no como un modelo limitado por la cultura (*culture-bound ideal*), sino como un valor universal en sí mismo. En consecuencia, el nuevo orden mundial se concibió bajo la primacía de los principios económicos.

Lo anterior permite afirmar que los padres fundadores y arquitectos de este nuevo orden mundial estaban convencidos de que la única manera de evitar que se repitiera el horror de la guerra era creando intereses económicos mutuos.

Es, bajo esta óptica, que al final de la guerra surgen una serie de formulaciones con el fin de estudiar, entender y hacer frente a las diferencias económicas entre las distintas áreas geográficas del mundo dando lugar al concepto de “desarrollo”. Como explica Immanuel Wallerstein, este concepto se fundamenta en un mecanismo explicativo conocido como “teoría de estadios”, basada en la premisa de que todas las sociedades nacionales, sin importar su historia o cultura particular, se desenvuelven todas “de la misma manera, pero a ritmo distinto”.¹⁰

⁷ José Luis Orozco (1997) p. 202

⁸ La denominación de “países en desarrollo” o en “vías de desarrollo” es la utilizada por las instituciones internacionales, y es motivo de intensas críticas. Cfr. Damien Millet y Eric Toussaint (2004), p.28

⁹ Gérald Berthoud, *El Mercado* (1991) p.72

¹⁰ Immanuel Wallerstein (2005) p.24

El objetivo de este nuevo concepto fue explicar (y hasta cierto punto justificar) las diferencias económicas entre los estados en un momento dado, bajo la premisa de que tarde o temprano todos los estados acabarían logrando estadios similares de desarrollo.

Para ese autor, la consecuencia implícita de esta forma de ver el desarrollo, llamada “desarrollista”, fue que el estado “más desarrollado” podía ofrecerse como modelo para los estados “menos desarrollados”, exhortando a estos últimos a embarcarse en cierta suerte de acción mimética, de manera que sólo tenían que seguir los pasos o etapas por los que se supone que los países considerados más “desarrollados” ya vivieron. Esto haría, según el argumento central de esta tesis, que tarde o temprano los países menos desarrollados alcanzaran una mejor calidad de vida y una estructura de gobierno liberal (“desarrollo político”), considerado en esos momentos como el más deseable para todos.¹¹

En contraste, Majid Rahnema afirma que esa tendencia a ver el bienestar social en términos exclusivamente económicos, así como el camino que hay que seguir para alcanzarlo, es producto de una concepción filosófica muy característica del mundo occidental, que elabora una definición muy específica de lo que es la “pobreza”. Concepto que para el mundo occidental europeo, desde tiempos de la Ilustración, ha sido definida como una falta, una ausencia de capacidades materiales, como algo no deseado. El resultado de ver la pobreza en términos exclusivamente económicos, dice el autor, “es considerarla únicamente como una situación anormal, mala y una falta que refleja una inadecuación personal (*personal inadequacy*), algo que no existía en las sociedades tradicionales”.¹²

¹¹ Op.cit (2005), *Ibíd.*,p.24

¹² Majid Rahnema, *Poverty*, en Sachs (1991) p.159

Bajo esta visión, comenta el autor citado, “[m]ayor producción, desarrollo, asistencia y una más amplia y vigorosa aplicación del conocimiento científico y tecnológico son reconocidos como la respuesta y “la llave a la prosperidad y la paz””.¹³ La lógica, entonces, del espíritu liberal económico de la época sería: los países “menos desarrollados” viven en una situación de pobreza indeseable y contraria a la noción de progreso humano. En consecuencia, la única manera de salir de esta situación anormal es imitando o siguiendo los pasos o etapas y guía de los países “más desarrollados” que están en mejor situación o más adelantados en la ruta hacia el progreso que el resto de los países “sub-desarrollados” o “en desarrollo”.

Sin embargo, la realidad geopolítica pronto se impuso al fervor idealista y pacifista que anhelaba una sociedad mundial unificada al final de la gran Guerra, para dar paso al no menos real, aunque hasta entonces no tan latente, conflicto ideológico irreconciliable, de escala, éste sí, auténticamente global. Conflicto entre las dos potencias hegemónicas victoriosas y sus ideologías antagónicas: la Guerra Fría entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y los Estados Unidos. Es así que mientras la primera asumía como modelo de desarrollo al Socialismo -de Estado, hay que agregar- mediante la planificación centralizada y la propiedad pública de los medios de producción, el segundo veía al Capitalismo Liberal, sustentado en el mercado y la libertad individual, como la mejor manera de regular las relaciones sociales.¹⁴ De esta manera se planteó la disyuntiva central que caracterizó el debate desde entonces hasta nuestros días: ¿más mercado o más Estado?

Para lograr la estabilidad política mundial, ambas superpotencias, junto con Gran Bretaña, firmaron lo que se conoció como los “Acuerdos de Yalta”, consistentes de dos partes fundamentales. En primer lugar, explica Immanuel Wallerstein, el

¹³ Rahnema Op.cit., p.162 (las comillas son del autor)

¹⁴ De manera muy general, explica Berthoud, el desarrollo ha sido promovido por dos instituciones: el Estado y el mercado, este último asociado con el proyecto de la modernidad. Cfr. Op.cit., p.73

mundo fue dividido de facto en una zona, la más amplia, bajo control de Estados Unidos y el resto bajo control soviético. En segundo lugar, ambos lados “tenían la libertad, y de hecho eran alentados, a mantener una vigorosa y recíproca retórica hostil, cuya principal función parecía ser consolidar el control político de Estados Unidos y la Unión Soviética en sus respectivas zonas”.¹⁵ Así, bien terminada la Segunda Guerra Mundial, comenzaba la “Guerra Fría”, con su particular orden bipolar.

Hubo que transitar por varias décadas, hasta inicios de los noventa a raíz del desmoronamiento de la URSS, para que se retomara el proyecto de un mundo unificado bajo un solo mercado, dando inicio a una nueva fase hacia la “globalización” de la economía de mercado. En contraste, los críticos de este nuevo arreglo económico mundial afirman que ni es auténticamente global, y mucho menos el inicio de un nuevo orden mundial pacífico, igualitario y próspero, como los directamente interesados quieren hacer creer.

II.2.- Contexto político económico de la posguerra

Wallerstein afirma que el periodo de la posguerra -y aún ahora- constituye un “claro ejemplo de un Ciclo económico internacional Kondratieff¹⁶ de la economía-mundo”.¹⁷ Esto se explica debido a que en los primeros veinte años del orden de la posguerra, la economía mundial vivió una época de constante crecimiento y expansión generalizada (fase A del ciclo), la llamada “edad de oro del capitalismo”, caracterizada por un

¹⁵ Immanuel Wallerstein Op.cit.(2005) Párr.5

¹⁶ Los ciclos Kondratieff o “ciclos de larga duración” son “ciclos básicos de expansión y estancamiento en la economía-mundo capitalista (fases A y B). La duración aproximada de cada fase es de 25-30 años [...] Las fases se distinguen principalmente por la prevaencia del pleno empleo o del paro, la preponderancia de la producción o de las inversiones financieras como principal fuente de beneficios [fases A y B respectivamente]”. Son llamados así en virtud del economista ruso Kondratieff, quien escribió sobre éstos en 1920. En Wallerstein (2001), Op. Cit., p.95 y Wallerstein (2005), p.124

¹⁷ Wallerstein (1974) en Lechner y Boli (2000), p.57.

periodo de “fluctuación al alza o expansión económica” y que de acuerdo con el autor duró de 1945 a 1967-73.¹⁸ En ese lapso de prosperidad económica, y en lo que a políticas para promover el desarrollo se refiere, el keynesianismo siguió siendo la guía para los gobiernos del orbe.¹⁹

El inicio de la Fase B del “ciclo Kondratieff”, se ubica a partir de los años setenta, década caracterizada por grandes crisis, tanto políticas como económicas, en los países poderosos -en especial para Estados Unidos-. Momento considerado como un punto de inflexión en el desarrollo de la economía mundial, que empezó a manifestar signos de contracción que influyeron considerablemente en el desarrollo político y económico mundial de la década posterior.

II.2.1.-La creación de instituciones económicas internacionales en la Fase A del Ciclo Económico Kondratieff de la posguerra

En el año de 1944, con el objetivo de reactivar la economía mundial (occidental) a la luz de la devastación causada por la guerra, en Bretton Woods, New Hampshire, en los Estados Unidos, se llevó a cabo la “Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas” que reunió a figuras importantes de la economía, la empresa, la política y la banca mundiales, quienes concluyeron que se necesitaba un nuevo sistema u orden económico global centralizado para estimular el desarrollo económico general, considerado necesario para la estabilidad mundial.²⁰

Una de las medidas adoptadas por Estados Unidos para ayudar a la reconstrucción de Europa fue el plan Marshall, cuyo objetivo era crear suficiente

¹⁸ Víctor M. Godínez en Jose Luís León (1999) p. 36 ; Wallerstein (2001) p.75

¹⁹ Keynesianismo se refiere a la teoría de que los mercados son imperfectos y por lo tanto el Estado tiene que intervenir en su regulación para evitar crisis como la de 1929.

²⁰ FIG (2002), p. 32

demanda mundial para los productos estadounidenses, otorgando, para ello, una gran suma de dinero en forma de donaciones y préstamos a los países de Europa Occidental (los llamados “eurodólares”) y a Japón, mientras que al mismo tiempo se comprometía a convertir todos los dólares que circulaban en el mundo en oro que guardaba en sus reservas.²¹

A partir de aquella premisa y como consecuencia del acuerdo de Bretton Woods, se crearon dos instituciones internacionales cuyo objetivo sería “velar por la estabilidad económica mundial”: el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo-posteriormente Banco Mundial (BM)- y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

En esta misma línea de acción, el debate se centro en “la necesidad de crear un organismo para el comercio y la inversión globales, que pudiera contribuir a generar el pleno empleo [y] proteger los derechos del trabajador en todo el mundo”, objetivos consagrados en la carta de La Habana²², cuya finalidad sería dar paso a la creación de la Organización Internacional de Comercio (ITO por sus siglas en inglés). Sin embargo, el proyecto de la ITO fue rechazado en 1950 por el Senado de Estados Unidos, que alegaba que “el amplio mandato que se le asignaba [a la ITO] comprometería la soberanía de su país”,²³ por lo que el proyecto hubo de ser abandonado.

A pesar de este revés, cuatro años más tarde se aceptaría uno de los elementos del proyecto de la frustrada Organización Internacional de Comercio: el “Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio” (GATT por sus siglas en inglés),

²¹ Immanuel Wallerstein (2001), p.75

²² Ibid., p. 62

²³ Ibidem

cuya misión era la de promover un comercio “más libre y más justo”, a través de la reducción de barreras arancelarias y la expansión comercial.²⁴

No obstante, el propósito original de una Organización Internacional del Comercio; es decir, de una auténtica organización internacional con autoridad para forzar la liberalización y reducción de barreras arancelarias y de responsabilidades mucho más amplias, (considerado el primer paso hacia la unificación del mundo en el “espíritu globalista” mencionado por Orozco²⁵) tuvo que esperar cuarenta años hasta la creación, a raíz de la Ronda de Uruguay de 1994 y del Tratado de Marrakech, de la Organización Mundial de Comercio (WTO por sus siglas en inglés).²⁶

Bajo la idea de que el comercio y las relaciones económicas pondrían fin a los conflictos militares, el año de 1951 vio nacer la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (ECSC por sus siglas en inglés), considerada como la semilla de la actual Unión Europea (UE).²⁷

Conocidos en sus orígenes como “los gemelos de Keynes”, el principal mandato del Banco Mundial (de aquí BM) consistía en ayudar con la reconstrucción de Europa, devastada durante la guerra, mientras que el del Fondo Monetario Internacional (de aquí FMI), era “evitar que el mundo cayera en depresiones económicas futuras”.²⁸ Mandato que posteriormente derivó en una postura y una misión diametralmente opuestas a la que les fueron asignadas inicialmente. Sin

²⁴ Robert Gilpin (2001), p.218 ; Wallerstein (2001), *Ibid.*, p.63

²⁵ Orozco (1997), p.202

²⁶ *Ibidem*

²⁷ David Dávila-Villers, (2001), *Las Re-integraciones*, p.16

²⁸ Stiglitz (2002), pp.35-36. En ese entonces, explica este autor, una gran parte de los países del mundo eran colonias, por lo que se aceptaba que cualquier esfuerzo para su desarrollo tendría que ser responsabilidad de sus “amos” europeos. Cfr. *Ibidem*

embargo, baste decir que estas instituciones tendrían la capacidad para influir en las decisiones económicas nacionales de sus miembros.

Joseph Stiglitz, premio Nóbel de Economía en 2001 por sus análisis de la economía de la información y en especial sus asimetrías²⁹, y ex vicepresidente *senior* del Banco Mundial, confirma que, en un principio, el FMI tenía como misión asegurar la estabilidad económica mundial y, sobre todo, evitar a toda costa una nueva depresión como la de los años treinta. Al respecto nos dice, “[e]n su concepción original, pues, el FMI se basó en el reconocimiento de que los mercados a menudo no funcionaban [...] surgió de la creencia en la necesidad de una acción colectiva a nivel mundial para lograr la estabilidad económica”.³⁰

Su tarea principal, continúa, era “presionar a los gobiernos que no lograran mantener la demanda agregada global (el consumo de cada individuo) para que llevaran políticas económicas fiscales con ese fin (aumentando el gasto o bajando los impuestos)”.³¹ De ser necesario, dice Stiglitz, el Fondo aportaría recursos frescos en forma de préstamos a aquellos países que lo requirieran.³² Préstamos, es conveniente remarcar, que se otorgaban (y se siguen otorgando) previa aceptación de cláusulas de “Condicionalidad” (*Conditionality clauses*), en las que el gobierno receptor de los préstamos se compromete a realizar políticas económicas y financieras dictadas por el organismo.³³

²⁹ Con asimetrías, Stiglitz se refiere a la manera en que en el proceso económico influyen las diferencias en acceso a la información entre trabajador y empleador, prestamista y prestatario, asegurador y asegurado. Cfr. Op.cit., p.13

³⁰ *Ibíd.*, p.37

³¹ *Ibidem*

³² *Ibíd.*, p.36

³³ Cfr. IMF External Relations Department (Septiembre 2005), *IMF Conditionality, Factsheet*, En internet en <<http://www.imf.org/external/np/exr/facts/conditio.htm>>, Consultada en línea el 17 de Abril, 2008

Más allá de cuál haya sido o sea la función de estas instituciones, lo importante radica en su significado, ya que como señalan los miembros del Foro Internacional sobre Globalización (FIG), organismo primordialmente anglosajón que representa a sesenta organizaciones de veinticinco países,³⁴ estas dos organizaciones, junto con la Organización de Naciones Unidas, supusieron “el rediseño fundamental de las disposiciones sociales, económicas y políticas del planeta [logrando] una centralización sin precedentes de poder”.³⁵

La importancia del argumento del FIG radica en que las tres instituciones mencionadas (las instituciones de Bretton Woods, la ONU y la Organización Mundial de Comercio), son las primeras instituciones supranacionales (no especializadas) que se crearon exitosamente para regular agendas tan sensibles para los Estados nacionales como lo son la económica y la política, temas considerados hasta ese momento de exclusividad nacional.³⁶

Con relación a la organización interna del FMI, Stiglitz señala que a pesar de ser una institución al menos teóricamente pública; es decir, cuyos fondos provienen de los contribuyentes de todo el mundo a través del pago de impuestos, sólo rinde cuentas a los gobiernos a través de sus ministros de Hacienda y bancos centrales, lo que la hace “profundamente antidemocrática”.³⁷ Además, debido a su sistema de votación tan peculiar, explican Damien Millet y Éric Toussant, Secretario General y

³⁴ El Foro Internacional sobre Globalización o FIG, fue creado para estimular nuevas formas de pensar como respuesta a lo que ellos llaman “la globalización económica depredadora o corporativa”. Entre sus miembros destacan John Cavanagh, director del *Institute for Policy Studies* de Washington y vicepresidente de la junta directiva de este Foro, Vandana Shiva, fundadora y directora de la *Research Foundation for Science, Technology and Natural Resource Policy*, considerada por la revista *AsiaWeek* como una de las cinco personas más importantes de Asia en 2001 y Jerry Mander, presidente de la junta directiva del FIG.

³⁵ FIG(2003), p. 33 (los corchetes son nuestros).

³⁶ La Sociedad de Naciones había sido el proyecto piloto a finales de la Primera Guerra Mundial. La corta vida que tuvo demuestra el escaso éxito que tuvo en mantener el orden político internacional después de la primera Gran Guerra.

³⁷ *Ibidem*, p.36

Presidente respectivamente del Comité para la Anulación de la Deuda del Tercer Mundo (CADTM por sus siglas en francés), que depende de la cantidad de dinero aportada por cada país miembro (bajo la lógica de “1 dólar = 1 voto”³⁸), “los que mandan son los grandes países desarrollados; en dónde uno solo, Estados Unidos, ostenta un veto efectivo”³⁹, debido a que este país aporta el 17,11% de los recursos del FMI.⁴⁰

Esta forma de operar dio lugar a una concentración del poder (político y económico) sin precedentes en instituciones supranacionales, las cuales, a pesar de ser aparentemente instituciones públicas cuyo objetivo sería el de promover el desarrollo económico de todos los países miembros de manera neutral, estuvieron desde un principio sometidas al control de estadounidense. Fue este país, cuya supremacía en ese momento -y ahora- era incuestionable, quién, a juicio de David Dávila-Villers, Doctor en Gobierno por la Universidad de Essex, Inglaterra, y profesor en el departamento de Relaciones Internacionales y Ciencia Política de la Universidad De Las Américas-Puebla, “jugó un rol primordial al darles contenido, forma y vida, al establecer las reglas del juego, las cuales fueron aceptadas por los otros miembros (Europa y Japón), a su vez interesados en los beneficios que derivarían de su participación”⁴¹, y en buena medida sometimiento.

³⁸ Millet y Toussaint (2004), p.83

³⁹ Dávila-Villers, Op.cit., p.37

⁴⁰ Op.cit. p.84

⁴¹ Dávila-Villers (2001) Op.cit. p.23

II.2.2.- La re-configuración del poder mundial público y privado en occidente bajo la *Pax Americana*

De manera paralela, como parte de esa configuración del nuevo “Orden Mundial”, se llevó a cabo lo que Orozco, desde una perspectiva crítica, denomina como “la recomposición pública y privada de la hegemonía mundial”.⁴²

En palabras de Wallerstein, esta recomposición se debió a que Estados Unidos “emergió de la Segunda Guerra Mundial como la única potencia cuyo poder industrial estaba intacto y cuyo territorio no fue severamente dañado por la destrucción de la guerra”⁴³, por lo que al término del conflicto logró consolidar de manera indiscutible su hegemonía tanto económica como militar. Esta situación es ilustrada por Maynes cuando afirma que en 1950 “[Estados Unidos] ejecutaba el cincuenta por ciento del gasto militar del mundo y poseía la mitad de las reservas financieras y las dos terceras partes de la producción industrial del mundo”,⁴⁴ lo que de acuerdo con Wallerstein, le otorgó “una enorme superioridad en materia de productividad y aseguró a los productos americanos la dominación del mercado mundial”.⁴⁵

Para probar su poderío militar absoluto al final de la segunda gran guerra, los estadounidenses decidieron lanzar en 1945 dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki,⁴⁶ en Japón, a pesar de que este país miembro del “Eje” ya había avisado su decisión de rendirse, marcando el inicio de la época conocida como *Pax Americana*.⁴⁷ En consecuencia, dos años después el Departamento de la Defensa estadounidense, recuerda Orozco, “concretó el amalgamamiento estratégico definitivo de los sectores empresariales y militares y de la *management* -gestión- de ambas hegemonías

⁴² Orozco, Op.cit., p.191

⁴³ Wallerstein (2001), p.75

⁴⁴ Cfr. Charles W. Maynes y Richard H. Ullman (1980) en Frederic S. Pearson y J. Martin Rochester,(2001), p.60

⁴⁵ Op.cit. (2001), pp75-76

⁴⁶ Op.cit. p.59

⁴⁷ Geyer y Bright, *World History*, en David Held y Anthony McGrew (2000) p.63

[resultando en] el entreveramiento más y más estrecho de sus sectores privados y públicos de poder”.⁴⁸ En resumidas cuentas, empezó a configurarse en Estados Unidos una alianza estratégica entre las élites política, militar y económico-industrial, a través de las grandes corporaciones y entre los sectores económico-empresariales y militares estadounidenses y europeos.

Una evidencia de lo anterior, referida por Orozco, consiste en la creación en 1949 de la “Organización del Tratado del Atlántico Norte” (OTAN), que, en los hechos, significó “la progresiva subordinación (o “americanización”) de los intereses nacionales europeos bajo el toldo empresarial-militar norteamericano”.⁴⁹ Otra prueba son las conferencias de Bilderberg en 1952 que, según el mismo autor, serviría de modelo para la posterior integración de la “Comisión Trilateral”, fundada en 1973 por David Rockefeller y Zbigniew Brzezinski⁵⁰, que junto al G-7⁵¹ fueron pensadas como “estructuras de consulta que sirvieron para que Estados Unidos mantuviera su control político en Europa Occidental y Japón”.⁵²

En resumidas cuentas, desde un principio el nuevo orden mundial estuvo regido por los intereses de grupos de poder predominantemente estadounidenses y empresariales, a quiénes convenía un mundo controlado por Estados Unidos para poder llevar a cabo sus actividades corporativas.

No en balde, el 17 de enero de 1961, en su discurso de “Despedida a la Nación”, el Presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, alertaba acerca de la creciente influencia de lo que denominó como el “Complejo Industrial- Militar”;

⁴⁸ José Luis Orozco Op.cit., p.192

⁴⁹ Ibidem

⁵⁰ Ibid., p.193

⁵¹ El G-7 o G-8 es el “Grupo integrado por los países más industrializados del planeta: Alemania, Canadá, Estados Unidos Francia, Reino Unido, Italia Japón y, desde junio de 2002, Rusia. Los jefes de Estado de estos países se reúnen cada año, generalmente en junio o julio”⁵¹. Antes de la caída del régimen soviético el miembro alemán era la República Federal de Alemania. Obviamente la URSS no era miembro, de ahí el G-7 Cfr. Damien Millet y Éric Toussant,(2004), p.267

⁵² Orozco, Ibid., p.75

es decir, la creciente alianza entre la industria armamentista (privada) y el *establishment* militar, en creciente aumento por la Guerra Fría.⁵³ Es este poderoso grupo quien, dice Eugene Jarecki, director de la película documental *¿Por qué peleamos?*, “entre bambalinas ha dirigido la política exterior y de defensa estadounidenses en los últimos cincuenta años”.⁵⁴

Una vez consolidada la alianza entre los poderes público y privado (nacionales e internacionales), a través de la Comisión Trilateral, brazo privado del Grupo de los Siete (G7), del Fondo Monetario Internacional y de la misma OTAN, el siguiente paso fue forjar un *clima internacional de opinión* en el cual, concluye Orozco, “se legitima una *management de la interdependencia global* para crear las precondiciones políticas que incrementen el flujo de los capitales y los bienes y servicios transnacionales de acuerdo a los axiomas centrales de la economía liberal”.⁵⁵

Richard Peet, en su libro *Theories of Development*, escribe que durante e inmediatamente después de la segunda Guerra Mundial, “la mayoría de los gobiernos occidentales se enfocaron en el pleno empleo como principal objetivo de sus políticas”⁵⁶. Desde la década de los cincuenta hasta finales de los setentas, confirma Berthoud, hubo un amplio consenso en que el objetivo principal del Estado era “alcanzar la mayor felicidad para la mayor cantidad [de su gente]”.⁵⁷

Durante ese tiempo y al menos en los países occidentales, anota Susan George, todo el mundo era keynesiano. Ya se tratase de un demócrata social, un cristiano

⁵³ Dwight D. Eisenhower en Eugene Jarecki, “*Why we fight?*”, Charlotte Street Films, 2005

⁵⁴ Eugene Jarecki, “*Why we fight?*”, Charlotte Street Films, 2005

⁵⁵ Op.cit., 193, las cursivas son del autor

⁵⁶ Richard Peet (1999) p.40

⁵⁷ Op.cit., p.73

social demócrata o de alguna forma un marxista,⁵⁸ la mayor preocupación de los Estados era promover el bienestar de sus ciudadanos, más allá de suscitar la integración de su país al mercado internacional. Fue en esta época de prosperidad que los gobiernos latinoamericanos se concentraron en impulsar las manufacturas nacionales, a través de la industrialización por la sustitución de sus importaciones.

En los Estados Unidos desde el año de 1935 había surgido la denominada *Social Security Act (SSA)*, que proponía un doble programa, cuyas vertientes principales se centraban en la Seguridad social y la Asistencia pública. En los años sesenta, la SSA sirvió como antecedente para iniciar la principal -aunque fallida- reforma social promovida por la política de Lyndon B. Johnson, quien asumió el poder a la muerte del presidente John F. Kennedy, conocida como la Gran sociedad (*Great society*) incorporada en su Guerra contra la pobreza (*War on poverty*). Como resultado de esta reforma, surgió una renovada legislación que tenía el sentido y la dirección pertinentes que dictaban la lucha contra la desigualdad, la discriminación y principalmente contra la pobreza, destacando la *Medicare* y la *Medicaid Act*.⁵⁹

De manera simultánea, se llevaba a cabo lo que se conoce como la “Revolución tecnológica” en comunicaciones y transportes,⁶⁰ primordialmente en los países desarrollados y que revolucionó los procesos de creación de riqueza económica, sentando las bases materiales que dieron paso a un proceso de integración económica que algunos han llegado a llamar globalización de la economía o “una nueva Geo-

⁵⁸ Susan George (1999), *A short history on neoliberalism*, Párr.2

⁵⁹ Van Meter y Van Horn (1975) en Luis F. Aguilar (1993), p.138

⁶⁰ David Held y Anthony McGrew denominan este proceso como la tercera Revolución Industrial. Cfr. Op.cit. (2000), p.19

economía”, como Peter Dicken lo llama,⁶¹ o incluso “la economía global”, según el sociólogo latinoamericano Manuel Castells.⁶²

II.2.3.-Los años setenta: crisis político económicas mundiales, la deuda y el inicio de la Revolución Neoconservadora

El inicio de la fase B del ciclo de Kondratieff se ubica al inicio de los años setenta, cuando Estados Unidos decidió de manera unilateral terminar con la convertibilidad de dólares en oro, pilar que mantenía viable al sistema Bretton Woods.

En 1971, Estados Unidos, inmerso en una guerra interminable con Vietnam que lo agotó y desgastó financiera y políticamente, ya no pudo mantener dicha convertibilidad debido en parte a la gran cantidad de dólares que circulaban en el mercado internacional -ya desde 1960 excedían sus reservas de oro-.⁶³ Al cambiar las reglas del juego, de paso acabó con el sistema monetario internacional tal y como lo había diseñado originalmente en Bretton Woods.

La primera consecuencia fue que la economía mundial entró en crisis, debido a una caída en la rentabilidad del capital (u oportunidades de beneficios), llevando a sus poseedores “a cambiar el destino principal de su búsqueda de ganancia, pasando de la esfera productiva hacia la financiera [...] incrementando la actividad especulativa”.⁶⁴ Para esa época, explica Wallerstein, la recuperación económica y consecuente prosperidad de Europa y Japón era un hecho: ya desde los años sesentas “la diferencia de productividad entre estos países y Estados Unidos había quedado

⁶¹ Peter Dicken (1998) en Op.cit. (2000). p.253

⁶² Manuel Castells (1996) en Ibíd., p.260

⁶³ Joan Edelman Spero (1990), p.193

⁶⁴ Wallerstein (2001), p.79

más o menos eliminada”.⁶⁵ Además, China se había integrado ya a la economía mundial capitalista.

A lo anterior, se sumaron distintos eventos que profundizaron aún más la crisis del sistema económico mundial de la posguerra. Entre ellos cabe mencionar, por su relevancia: la adhesión de Gran Bretaña, que hasta entonces había sido el socio comercial más importante de Estados Unidos, al proyecto europeo de integración económica; el escándalo político de Watergate, que obligó al presidente norteamericano Richard M. Nixon a renunciar; la llamada “Revolución mundial de 1968”, resultado del descontento de aquellos -principalmente jóvenes de casi todo el mundo-, a quienes el orden hegemónico mundial, tan bien organizado, había dejado de lado⁶⁶; es decir, la mayoría de los países del tercer mundo, excluidos de los “Acuerdos de Yalta” entre la URSS y los Estados Unidos.

No obstante, la cima de la crisis se dio en 1973, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), en lo que se conoció como el primer “shock petrolero”, decidió súbitamente cuadruplicar el precio por barril. Automáticamente, esta acción les generó enormes ganancias y superávit, mientras que aquellos países que importaban petróleo, entre los que se encontraba la mayoría de los países desarrollados, tuvieron que financiar enormes déficit y sufrir grandes pérdidas. El resultado fue el inicio de la primera recesión generalizada después de la segunda Guerra Mundial.⁶⁷

Los países productores, que tenían una gran cantidad de dinero (los llamados “petrodólares”), la depositaron en bancos occidentales. Para manejar tales sumas,

⁶⁵ Op.cit., p.77

⁶⁶ *Ibíd.*, p.78

⁶⁷ George Soros (1999), p.139; Millet y Toussaint, *Op.cit.*, p. 52

llegadas en tan poco tiempo, sin poder canalizarlas a los países desarrollados por encontrarse en recesión, los bancos decidieron reciclarlas por medio de préstamos de capital a los países en “vías de desarrollo” en América Latina, Europa del Este y a una gran cantidad de países que estaban por conseguir su independencia política, urgidos de fondos para poder iniciar su proceso de industrialización.

Con el alza de los precios del petróleo, muchos de estos países, cuyas rentas dependían de la exportación de materias primas, recuerda Wallerstein, “vieron disminuir sus ingresos, al mismo tiempo que subía el precio de sus importaciones; por tanto, tuvieron grandes dificultades en su balanza de pagos”.⁶⁸ A los bancos occidentales pues, no les costó mucho trabajo conseguir quién se interesara en sus empréstitos, dando lugar a la época conocida como del “boom” de inversión de capital, proceso que se logró con el apoyo “tras bastidores” de los gobiernos occidentales. El Banco Mundial también jugó un papel importante en el endeudamiento de estos países, ya que a partir de 1968 aumentó notablemente la cantidad de préstamos otorgados a estos países. De acuerdo con cifras proporcionadas por Millet y Toussaint, el Banco “de 1969 a 1973, acordó más préstamos que en todo el periodo de 1945-1968”.⁶⁹ En consecuencia, recuerda Peet, “durante los setentas las élites de varios países del tercer mundo se endeudaron tanto como pudieron, ostensiblemente para financiar proyectos de desarrollo, aunque una cantidad significativa de los fondos acabaron en cuentas de bancos suizos”.⁷⁰

⁶⁸ Wallerstein,(2001), p.81

⁶⁹ Op.cit. p.52. Según los autores, la deuda externa pública se descompone en tres partes, dependiendo de quiénes sean los acreedores. La parte multilateral, donde el acreedor es una institución multilateral (BM); la parte bilateral, donde el acreedor es otro Estado y la parte privada, donde el acreedor es una institución privada como un banco o cuando proviene de los mercados.

⁷⁰ Cox (1999) p.55; argumento secundado por Millet y Toussaint, (2004) p. 57

Tal endeudamiento masivo de los países subdesarrollados constituye el origen de lo que sería la crisis de la deuda externa en la década de los ochenta, que en América Latina sería conocida como “la década perdida”. La consecuencia fue, anota Robert Cox, que en tan sólo unos años el destino de los países en vías de desarrollo, que hasta ese momento habían seguido lenta pero consistentemente el proceso hacia el progreso y el desarrollo, fue -abruptamente- bloqueado.⁷¹ Para hacer frente a la crisis, continua Cox, los países del Tercer Mundo “tuvieron que abandonar su modelo de desarrollo por sustitución de importaciones y empezar a producir para la exportación, sacrificando el consumo interno y la atención a las necesidades propias, a través de la adquisición de divisas extranjeras”.⁷² De tal suerte que se generó un círculo vicioso: al aumentar la producción de materias primas con el fin de exportarlas, el mercado internacional se saturó.⁷³ Al no aumentar la demanda se generó una sobre oferta, que a su vez provocó una caída drástica de los precios de las materias primas.

Además de la crisis por el aumento en el precio internacional del petróleo, casi al final de la década de los setenta se vivió otra prácticamente igual, pero cuyo resultado marcó el comienzo de un cambio significativo de rumbo y de organización de la economía política internacional. En 1979, una vez más los países miembros de la OPEP duplicaron los precios del crudo por barril.⁷⁴ Aunque el más afectado fue Estados Unidos al registrar una inflación importante y severas derrotas en Vietnam en 1975 e Irán y Nicaragua en 1979, “el alza en el precio del petróleo comenzó repercutir en todo el mundo”.⁷⁵

⁷¹ (véase el apartado 1.1 de esta investigación)

⁷² Robert Cox (1999), p.53

⁷³ Millet y Tousaint, Op.cit. p.65

⁷⁴ Soros Ibíd., p.139

⁷⁵ Millet Toussaint (2004) p.64

Es así que la década de los setenta fue definitiva para el desarrollo de la economía internacional, que a raíz de dos crisis profundas entró en una recesión, derivando en su reestructuración profunda. Ningún país salió bien librado de ellas: los países de Tercer Mundo llegaron al fin de la década altamente endeudados y sin posibilidad de pagar sus deudas, lo que los hizo más vulnerables, disminuyendo sus posibilidades de progreso, que se vieron gravemente mermadas. En suma, tras una breve época de independencia política, una gran cantidad de países se volvieron económicamente más dependientes.

II.2.3.1.- Preludio a los ochenta: Neoconservadurismo, Neoliberalismo y el Consenso de Washington en la era de la Nueva Derecha

La principal consecuencia de las dos crisis mencionadas fue el fortalecimiento de lo que John Toye caracterizó años más tarde como la “contrarrevolución neoliberal”⁷⁶, cuyo resultado sería el inicio de lo que Berthoud llama la era de la “Nueva Derecha” o la “Revolución Neoconservadora”.⁷⁷ Esta revolución, que tuvo su apogeo en la década de los ochenta, logró que la política en su conjunto se desplazara hacia la derecha.⁷⁸

Millet y Toussaint escriben que al acabar el año de 1979 en Estados Unidos, posteriormente en Gran Bretaña y al final el resto del mundo, empezó a manifestarse un giro ultraliberal como medida “para salir de la crisis que lo asolaba, luchar contra una inflación importante y reafirmar su liderazgo mundial”,⁷⁹ movimiento ideológico que surgió de reducidos grupos políticos, económicos y académicos: un “ghetto ultra-minoritario”, en palabras de Susan George,⁸⁰ que acabaría por echar tierra al

⁷⁶ Toye (1990) en Peet (1999) p.47

⁷⁷ Berthoud (1991) p.70; Alonso (2005) p.6

⁷⁸ *Ibíd.*, p.47

⁷⁹ *Ibíd.*, p.64

⁸⁰ Susan George (1999) *Twenty Years*, Párr.7

keynesianismo, “marcando el principio de la entrada triunfal del neoliberalismo a la política”.⁸¹

La Revolución Neoconservadora-liberal en los países desarrollados, dice Peet, motivó un cambio radical hacia un nuevo paradigma, que se extendió por todo el mundo con la puesta en práctica de las teorías neoliberales, surgidas como oposición al Keynesianismo y a las teorías del desarrollo.⁸²

Al abogar por un cambio drástico en el enfoque de las políticas del desarrollo económico, el nuevo paradigma sería puesto en práctica con el arribo al poder de los conservadores Margaret Thatcher, conocida como la “Dama de Hierro”, en Inglaterra; el actor hollywoodense Ronald Reagan en Estados Unidos y el demócrata cristiano Helmut Kohl en la República Federal de Alemania. Tampoco las instituciones económicas supranacionales, el FMI, el BM y el GATT, quedarían ajenas a esta nueva ideología y sus formulaciones, la cual repercutiría también en su visión y objetivos en la década siguiente.⁸³

Cuando en 1979 Margaret Thatcher llegó al poder en Gran Bretaña, de inmediato se puso a trabajar para llevar a cabo la revolución económica neoliberal en su variante dura, bajo la premisa de que no había otra alternativa. Su divisa fue: *There is no alternative*, popularizada mediante el famoso acrónimo TINA, al que hace alusión Susan George.⁸⁴ Dicha política económica, según Wallerstein, “fue más bien un conservadurismo agresivo no visto desde 1848, en un intento de invertir la redistribución social, desde las clases inferiores hacia las clases superiores”.⁸⁵ Este conservadurismo, en palabras de George, asume que la principal premisa de la doctrina de Thatcher y del neoliberalismo en sí es la noción de la competencia entre

⁸¹ Wallerstein (2001) p.83

⁸² Op.cit., p.49

⁸³ Cfr. Stiglitz (2001), p.37-39; Ibid. p.54; Schurman (s.f), p.12; FIG (2003) p.57

⁸⁴ George, Op.cit. Párr. 12

⁸⁵ Wallerstein (2001), p.82

las naciones, regiones, corporaciones e individuos. Su argumento central era que la competencia es un proceso crucial en tanto que “separa las ovejas de los lobos, los hombres de los niños, los aptos de los no aptos. Supone la asignación de todos los recursos, ya sean físicos, naturales, humanos o financieros, con la mayor eficiencia posible”.⁸⁶ La “Dama de Hierro” fue secundada por Ronald Reagan y Helmut Kohl, quienes de manera conjunta iniciaron el giro ultraliberal en sus países.⁸⁷

En Latinoamérica, fueron los llamados tecnócratas quienes pusieron en práctica el proyecto neoliberal en sus respectivos países; aunque fue precisamente en Chile donde primero fueron implantadas las teorías neoliberales, bajo la brutal dictadura militar del general Augusto Pinochet -quién había asesinado al presidente Salvador Allende en el asalto al Palacio de la Moneda.⁸⁸

Como explica Peet,⁸⁹ el Neoliberalismo como teoría económica surge de tres fuentes ligadas entre ellas: en primer lugar, de las teorías económicas monetaristas del Milton Friedman Premio Nóbel de la Escuela de Chicago en los Estados Unidos y del Instituto de Asuntos Económicos en Inglaterra, quienes aseguraban que “los problemas macroeconómicos como la inflación y el endeudamiento derivaban del gasto excesivo del gobierno, lo que aumentaba la cantidad de dinero circulando en una sociedad”; punto de vista secundado por Schuurman cuando afirma que “la interferencia del Estado en los mecanismos del mercado era considerado inefectivo, contraproducente y básicamente inconsistente”.⁹⁰

En segundo lugar, del nuevo liberalismo de Friederich Von Hayek, quien en su libro *The Road to Serfdom*, publicado en 1956, arguye que “el sólo hecho de coquetear con las “ideas socialistas” (como la planeación keynesiana) llevaría al

⁸⁶ Strange, Op.cit., parr.12

⁸⁷ Millet y Toussaint, Op.Cit p.64

⁸⁸ Lehmann (1990) en Schuurman, (s.f.) p.11; Dávila-Villers, Op.cit. p.33

⁸⁹ Peet (1999), p.49

⁹⁰ Op.cit. p.11

desastre y que era mejor basarse en los principios económicos clásicos de Adam Smith y David Ricardo”.⁹¹

Finalmente, las ideas políticas y económicas conservadoras que glorificaban la libre empresa (*laissez-faire*) y un individualismo a ultranza, que venían siendo defendidas por autores como Ayn Rand, en su libro *Atlas Shrugged* de 1957, y de nuevo por Hayek, para quien “la vida política, así como la vida económica, es (o debería ser) una cuestión de libertad e iniciativa individual”.⁹²

Al mismo tiempo, el neoliberalismo fue ampliamente diseminado y publicitado por la *American Heritage Foundation*, la fundación Olín y organizaciones similares de derecha.⁹³

Este profundo trabajo de propaganda de los *think tanks* conservadores en pro de las ideas neoliberales, tuvo un rotundo éxito y fue prácticamente incontestado -y siguió siéndolo hasta mediados de los noventa-, dando lugar a lo que el francés Ignacio Ramonet, investigador y director de *Le Monde Diplomatique* y Susan George, entre otros, denominaron como ‘*La pensée unique*’, o pensamiento único, resultado del éxito que las ideas neoliberales conservadoras tuvieron al conquistar el imaginario público occidental, sin ser objetadas.⁹⁴ No sobra decir que aunque este movimiento tuvo su gran auge en los ochenta, actualmente se sigue viviendo de una forma u otra, siendo una pieza fundamental en la popularización del discurso en pro de la globalización.

En resumidas cuentas, la esencia del neoliberalismo, como la misma palabra lo indica, es “su renovada fe en los principios, concepciones y paradigmas (cosmología)

⁹¹ Peet, Op.cit. p.11. El original en inglés dice, *even dalliance with socialist ideas (like Keynesian planning) would lead to disaster and that classical Smithian and Ricardian economic principles should be relied on instead*”.

⁹² Hayek (1960) en David Held y McGrew (2003) p.115

⁹³ Peet, Op.cit., pp.49-50; Estefanía Op.cit., p.45

⁹⁴ Cfr. Ibid. p.46; Orozco, Op.cit., p.198

filosóficos e ideológicos de los economistas liberales clásicos del siglo XVIII, Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill”.⁹⁵ Los neoliberales, en consecuencia, abogan por las virtudes del libre comercio, la propiedad privada, la defensa del individualismo y la eficiencia y sacralización de la mano invisible del libre mercado, en lo que George Soros, actor controvertido (y ahora aparentemente redimido) por su papel en el desarrollo de las finanzas internacionales, denomina como “fundamentalismo de mercado”; es decir la fe absoluta en el poder del mercado para resolver los problemas del desarrollo mundial, que supone que éstos funcionan perfectamente.⁹⁶

La creencia neoliberal de que “en un mundo necesariamente imperfecto, los mecanismos imperfectos del mercado son mejores en la práctica que los mecanismos imperfectos de la planeación estatal”,⁹⁷ comenta Susan George, permite a los neoliberales defender el principio de que el mecanismo del mercado debe ser el que dirija el destino de los seres humanos. Es decir, que “la economía debe dictar sus reglas a la sociedad, y no al revés”⁹⁸, y que “ningún sistema proporciona un mecanismo de elección colectiva tan dinámico, innovador y de tan pronta respuesta como las operaciones del libre mercado”.⁹⁹

La revolución neoconservadora también llegó a influenciar el quehacer y visión de las instituciones económicas internacionales: el GATT, el BM y el FMI, ya que como comenta Stiglitz, esta dos últimas “se convirtieron en nuevas instituciones misioneras del libre mercado y el neoliberalismo a principios de los ochenta”.¹⁰⁰

⁹⁵ Berthoud (1991), pp. 77-79

⁹⁶ Soros (1999), p.62

⁹⁷ Deepak Lal en Ibid., pp.49-50)

⁹⁸ George, Op.cit., parr.6

⁹⁹ David Held y Anthony McGrew (2003) Op.cit. p.116

¹⁰⁰ Op.cit. p.37.

A principios de la década de los años ochenta se registró un importante cambio en la presidencia del Banco Mundial, asumida por William Clawson (o Clausen).¹⁰¹ La llegada de una nueva economista en jefe, Anne Krueger, para quien el principal problema de los países subdesarrollados era la excesiva intervención del Estado en la economía, cuya única solución sería el mercado libre, marcó un cambio de rumbo del organismo que, a juicio de Stiglitz, “fue promovido con fervor ideológico”.¹⁰²

Una prueba de este nuevo enfoque es el “Reporte sobre el desarrollo en África sub-sahariana”, preparado por el *African Strategy Review Group* en 1981, el cual concluía que los problemas básicos de la región “eran resultado de demasiadas trabas administrativas por parte de un sector público sobre extendido cuyos controles al comercio eran inefectivos”, por lo que recomendaba un incremento de la actividad del sector privado y una estrategia de desarrollo basada en la exportación.¹⁰³

Esta visión sería reafirmada seis años más tarde en 1987, por el Reporte de Desarrollo Mundial (*World Development Report*), que concluía que para lograr el desarrollo era necesario “reducir las barreras al comercio, cambiar el enfoque del comercio hacia la exportación, y competir vigorosamente en los mercados mundiales”.¹⁰⁴ Es decir, libre comercio, libre mercado y menor intervención del Estado, para incrementar la competencia y lograr mayor efectividad económica: la privatización a ultranza de las economías, pues.

El Fondo Monetario Internacional, comenta Stiglitz, también vivió un drástico cambio de rumbo en los ochenta. “[I]a orientación Keynesiana del FMI, que subrayaba los fallos del mercado y el papel del Estado en la creación de empleo, fue

¹⁰¹ Peet escribe Clawson, mientras que Stiglitz Clausen Cfr. Op.cit., p.54; Stiglitz, Op.cit., p.38

¹⁰² Op.cit., p.38

¹⁰³ Peet, Op.cit., pp.54-55

¹⁰⁴ Ibid. p. 56

reemplazada por la sacralización del libre mercado [...] que marcó un enfoque completamente distinto del desarrollo económico y la estabilización”.¹⁰⁵ Baste leer la opinión de Michel Camdessus, Director General del FMI de 1987 al 2000, quien en 1997 afirmó que “[t]odas las trabas a la liberalización del comercio serán suprimidas, dejando a las empresas en libertad de producir y exportar sus productos como ellas quieran y como decida el mercado”.¹⁰⁶

En respuesta a la crisis de la deuda de los países latinoamericanos, en la década de los ochenta el FMI y el BM, junto con el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, formularon en conjunto una nueva teoría del desarrollo, que John Williamson, *senior fellow* del *Institute of International Economics* en Washington, D.C. denominó como el “Consenso de Washington”.¹⁰⁷ Esto significaba un sistema consensuado entre los tres organismos, de reformas generales de políticas económicas estandarizadas neoliberales, que los países subdesarrollados o en crisis deberían de aplicar para mejorar su situación. El Consenso, explica Peet, consistía en la prescripción de diez reformas estructurales de política económica: disciplina fiscal; cambio en las prioridades del gasto público; reforma fiscal; liberalización financiera; tasas de cambio competitivas; liberalización del comercio; apertura a la inversión extranjera directa; privatización de empresas estatales; desregulación para promover la competencia y defensa de los derechos de propiedad.¹⁰⁸

Como resume Stiglitz, “austeridad fiscal, privatización y liberalización de los mercados fueron los tres pilares aconsejados por el Consenso de Washington durante los ochenta y noventa”.¹⁰⁹

¹⁰⁵ Op.cit., p.41

¹⁰⁶ Cfr. Millet, Toussaint, Op.cit., p.78 de *La otra mundialización*, Arta, 7 de marzo del 2000

¹⁰⁷ Williamson (1990) en Ibid., p.52

¹⁰⁸ Ibidem

¹⁰⁹ Op.cit. p.81

A este grupo de políticas se les ha denominado Programa de Ajuste Estructural (PAE), cuyo “objetivo principal según el discurso oficial, es restablecer los equilibrios financieros de los estados en dificultades”.¹¹⁰

Dentro de esta misma línea, la llamada Revolución Neoconservadora también influyó en el GATT. Como explica el Foro Internacional sobre Globalización en su libro *Alternativas a la Globalización Económica*, durante la época de la revolución neoconservadora a principios de los ochenta, economistas y políticos,

[...] empezaron a planificar una nueva y completamente distinta ronda de negociaciones del GATT. Su objetivo era extender las disciplinas del GATT para obligar a los países firmantes a una serie de políticas multilaterales sobre el sector de servicios, las adquisiciones gubernamentales y la inversión; fijar unos límites globales a la regulación gubernamental de las normas medioambientales, sobre seguridad de los alimentos y sobre los productos; establecer nuevas protecciones a los derechos de propiedad intelectual corporativa en los países ricos; y aplicar con decisión toda esta panoplia de normas uniformes en todos los ámbitos del gobierno de todos los países firmantes¹¹¹

El resultado fue, como ya se dijo, la creación en 1994 de la Organización Mundial de Comercio.

II.2.4.- Los ochenta: crisis mundial, la deuda y los PAE y el derrumbe del régimen socialista soviético.

De acuerdo con Wallerstein “[l]os años 70 terminaron en un *bang*, pero la década siguiente no fue mucho menos espectacular [...] la economía-mundo en su conjunto parecía encontrarse en estado lamentable en los años 80, a excepción del extremo Oriente”.¹¹²

Los acontecimientos relevantes en estos años son explicados por ese autor a partir de ciertos acontecimientos claves: primero, la crisis de la deuda de los países

¹¹⁰ Millet, Toussaint Op.cit., p.97

¹¹¹ Op.cit., p.63

¹¹² Op.cit., p.82

del tercer mundo o en vías de desarrollo, que afectó también a los de Europa central y oriental; segundo, el ‘keynesianismo militar’ de la administración Reagan, a pesar de ser uno de los principales impulsores de las reformas neoliberales en el ámbito internacional, quien bajo el pretexto de reforzar las estructuras militares endeudó enormemente a Estados Unidos, poniendo así fin a la recesión y al enorme paro al que se enfrentaba ese país, pero aumentando enormemente la deuda pública estadounidense;¹¹³ tercero, el surgimiento económico de los países de Asia oriental (los llamados Tigres del pacífico) con Japón a la cabeza, únicos estados que lograron capear la crisis económica de esa década; y por último, pero no menos importante, el hundimiento de la URSS, que marcó el final de la guerra fría y el orden mundial de la posguerra.¹¹⁴ Para fines de esta investigación, sólo se relatan la crisis de la deuda y el posterior derrumbe del régimen soviético.

Como quedó asentado,¹¹⁵ a finales de los setenta el mundo en conjunto se encontraba en medio de una crisis recesiva, a raíz del incremento en los precios del petróleo por la OPEP. A este periodo se le conoció como “la crisis del capitalismo”.¹¹⁶ Los bancos occidentales, receptores de grandes cantidades de dinero (“petrodólares”), decidieron prestarlas a los países del tercer mundo a tasas de interés muy bajas, pero variables y vinculadas a las estadounidenses y británicas.¹¹⁷ Sin embargo, frente a la enorme inflación crítica en los países prestadores, y con objeto de repatriar el capital exportado, éstos “comenzaron a hacer concesiones fiscales y de otro tipo al capital financiero extraterritorial, [dándole] un mayor margen de maniobra”.¹¹⁸

¹¹³ Wallerstein Op.cit.(2001) p.83

¹¹⁴ Cfr. Ibid. pp.82-85

¹¹⁵ (apartado 1.3)

¹¹⁶ Millet y Toussaint, Op.cit. p.63

¹¹⁷ Ibid., p.64

¹¹⁸ Soros Op.cit., p.140

Es entonces que Paul Volcker, director de la Reserva Federal estadounidense, decidió aumentar considerablemente las tasas de interés para atraer capitales y reducir la inflación, logrando echar a andar de nuevo la economía estadounidense.¹¹⁹ Al principio, los países deudores no tuvieron problemas en pagar sus compromisos. Sin embargo, debido a las tasas de interés variables a las que estaban sujetos los préstamos a esos países, cuyos intereses eran “[d]el orden de 4-5% en los años setenta, y que pasaron al 16-18% e incluso más en lo más duro de la crisis norteamericana [...], de un día para otro tuvieron que pagar tres veces más”.¹²⁰

De manera coyuntural explican Millet y Toussaint, pero igualmente relacionada con la crisis de finales de los setenta, fue la caída en los precios de las materias primas y de los productos agrícolas que los países tercermundistas exportaban.¹²¹ Debido a que estaban obligados a pagar sus deudas (contraídas en dólares), estas naciones tuvieron que aumentar cada vez más su producción destinada a la exportación, lo que inundó el mercado internacional de sus productos, reduciendo drásticamente sus precios. En esas condiciones, explican,

[e]l sur tenía que pagar más mientras sus ingresos se reducían: se encontró así en la tenaza de la deuda, incapaz de hacer frente a sus vencimientos. Tenía que aumentar su deuda para poder rembolsar, pero ahora a un precio más alto [...] Fue la crisis de la deuda que sacudió todos los países del Sur, uno tras otro.¹²²

Para evitar el colapso del sistema financiero internacional y a petición de los bancos prestamistas, el FMI tuvo que intervenir como “bombero financiero” prestando dinero a los países endeudados para que pudieran pagar sus respectivas deudas, bajo la condición de que “el país en cuestión se comprometiera a seguir la

¹¹⁹ Millet y Toussaint Op.cit. p.64

¹²⁰ Ibidem

¹²¹ Ibid., p.65

¹²² Ibidem

política económica que se le dicta: las famosas condicionalidades del FMI”¹²³ en su forma de Programas de Ajuste Estructural (PAE). La consecuencia de estos ajustes fue, en palabras de Millet y Toussaint, que cerca de un centenar de PED [Países en vías de desarrollo] aceptaron o tuvieron que resignarse a firmar un programa de ajuste estructural con el FMI, comprometiéndose a “establecer unas reformas económicas ultraliberales, según un esquema preestablecido que corresponde siempre al mismo modelo: exportar más, suprimir todo control sobre los movimientos de capitales, aplicar altos tipos de interés y gastar menos, generalmente en rubros sociales”.¹²⁴

Como explica el FIG, al los países del Sur abrir sus fronteras al libre flujo de bienes, se dio un súbito aumento de sus importaciones sin el correspondiente incremento de su capacidad para pagarlas. Además, como mucho de lo que se importó fueron bienes no esenciales de países desarrollados cuyos productores, con mayores subvenciones por parte de sus gobiernos, podían vender a un precio menor del coste real, generó una dura competencia para los productores del país receptor. De esta forma, esto generó una creciente deuda exterior, que sólo podía detenerse con un aumento en las exportaciones, por lo que recursos que antes se destinaban a las necesidades internas, se empezaron a utilizar en la producción para la exportación, reduciendo el consumo doméstico.¹²⁵ El resultado final fue, dicen los autores, “una espiral bajista de dependencia y empobrecimiento”, al contrario de lo que habían predicho las instituciones internacionales, dando lugar a lo que se conoce como la crisis de la deuda de la década de los ochenta.¹²⁶

La crisis de la deuda no empezó en 1982, recuerda Wallerstein, cuando México ya no pudo seguir cubriendo sus compromisos, sino en 1980, en Polonia,

¹²³ Millet y Toussaint, Op.cit., p.77

¹²⁴ Ibid. p.79, (los corchetes son nuestros)

¹²⁵ FIG, Op.cit., p.259

¹²⁶ FIG, Op.cit.

cuando el gobierno “intentó hacer frente a sus problemas de endeudamiento presionando a la clase obrera; una decisión que se topó con una espectacular resistencia [...] Los acontecimientos en Polonia hicieron sonar las campanas en el sistema de países satélites de la Unión Soviética...”.¹²⁷ En ese entonces, la Unión Soviética, según Pearson y Rochester, cometió un error táctico gravísimo: decidió entrar en guerra en Afganistán contra los rebeldes musulmanes *fedayines*, apoyados por occidente, quienes querían instaurar una república islámica.¹²⁸ El resultado fue que la URSS terminó desangrándose de la misma forma que Estados Unidos en Vietnam, “aunque sin poseer la misma resistencia social para poder sobrevivir”.¹²⁹

A mediados de los ochenta, Mikail Gorbachev, en una medida desesperada para salir de la doble crisis política y económica en que se encontraba la Unión Soviética, decidió ‘soltar lastre’,¹³⁰ llevando a cabo la *glassnot* y la *perestroika*, reformas política y económica respectivamente. Desarmó unilateralmente a la URSS y salió de Afganistán, de Europa central y oriental, poniendo fin al sistema de satélites soviéticos (y consecuentemente a los acuerdos de Yalta). “La desastrosa subestimación de las fuerzas emergentes del nacionalismo en el interior de la propia URSS y, por encima de todo, el vigor del nacionalismo ruso, provocó su caída”.¹³¹ Estos dos eventos, opina Soros, “marcarían el inicio del fin del régimen soviético, por ende del mundo bipolar y del orden mundial de la posguerra basado en el equilibrio de poderes entre las dos superpotencias”.¹³²

¹²⁷ Wallerstein, Op.cit. (2001) p.82

¹²⁸ Pearson y Rochester (2001) p.64

¹²⁹ Wallerstein, Op.cit., p.83

¹³⁰ *Ibíd.*84

¹³¹ *Ibidem*

¹³² Soros, Op.cit., p.248

En 1989 el muro de Berlín, símbolo del mundo bipolar y del orden mundial de la posguerra, fue derrumbado: la Guerra Fría había llegado a su fin y Estados Unidos la había ganado.

Algunos países occidentales, relatan Lechner y Boli, con Estados Unidos a la cabeza, no tardaron en festejar con bombo y platillo la victoria y supremacía de la ideología capitalista occidental, anunciando el surgimiento de un *nuevo orden mundial*, proclamado por el presidente estadounidense en turno, George Bush padre, quién afirmaba que a partir de ese momento, en el llamado por él “nuevo orden mundial”, ya no habría más conflictos profundos acerca de cómo organizar las sociedades ni más divisiones ideológicas en el mundo, ya que “los países cooperarían pacíficamente como participantes en un solo mercado de escala mundial, persiguiendo sus intereses y al mismo tiempo asumiendo compromisos compartidos hacia ciertos valores humanos básicos”.¹³³

Tal optimismo idealista llegó al punto que autores como Francis Fukuyama no dudaron en proclamar que, más que estar viviendo el fin de la guerra fría o sólo un nuevo periodo específico en la historia de la posguerra, el mundo estaba siendo participe del “fin de la historia”, o en sus palabras “el final del punto ideológico de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final del gobierno humano”.¹³⁴ Es decir, el fin de la historia vista como la universalización del gobierno racional, a través de la democracia liberal y del capitalismo como único modelo económico “legítimo” en el mundo.

Bajo este argumento, la administración del presidente estadounidense Bill Clinton encauzó el poderío económico de su país en la promoción de sus objetivos de política exterior. Con base en la doctrina -influyente y controversial, según el realista

¹³³ Frank J. Lechner y John Boli, (2000), p.5

¹³⁴ Francis Fukuyama en Hernando Gómez Buendía (1997), p.29

Robert Gilpin- de la “Paz Democrática”, referida a la idea de que “las democracias raramente se hacen la guerra”, Estados Unidos utilizó todo su poder para abrir los mercados nacionales y de esta forma “promover la democracia”,¹³⁵ bajo la creencia de que liberalización y democracia iban de la mano.¹³⁶

El ideal de un mercado global unificado, proclamado cincuenta años atrás en la Carta de Naciones Unidas sería, ahora sí, una realidad; y la rápida y acelerada transición de los países ex comunistas a la economía de mercado daba cuenta de ello.¹³⁷ Es este “nuevo orden mundial”, comenta Gandarilla Salgado, el que luego sería denominado bajo el nombre de “globalización”.¹³⁸

En suma, se expresaba que el mundo había entrado en un proceso sin precedente de integración económica, la cual sería benéfica de una u otra manera para todos: el mundo había entrado, aparentemente, a la “globalización”.

Fue precisamente esta noción de globalización, desde su conceptualización hasta su utilidad para describir y analizar la realidad social contemporánea, así como la naturaleza de esta última, la que provocó en los ámbitos académicos y públicos múltiples y productivas reacciones y debates.

¹³⁵ Robert Gilpin (2002), p.135. Para el autor, el verdadero objetivo de esta estrategia era lograr abrir al mundo a los movimientos de capital estadounidenses de manera irrestricta. Ibidem

¹³⁶ Lechner y Boli. Op.cit.p.7

¹³⁷ Estefanía, 1997, p.47

¹³⁸ Gandarilla, marzo 2008, Párr.. 4